

durante la Revolución no se vió; en la época del Imperio no pudo existir, porque Napoleón no la hubiera tolerado, ahora era cuando podía la prensa aparecer y formar escuela. No estaba, pues, Alemania preparada para tener, desde el primer momento, una prensa inteligente y patriota capaz de tratar las cuestiones por su lado práctico, que es el único que puede interesar á todo un pueblo. Luégo oponíase á que Alemania tuviera desde luego una prensa capaz de agitar la opinión, el que en ninguna parte existía un partido definido y compacto «no había, á la sazón, ni clases ni ordenes sociales que hubiesen podido dar una expresión pública á la opinión general. Los funcionarios temían la prensa y evitaban todo contacto con ella. La nobleza trabajaba en secreto para sí sola y por sus intereses particulares, que temían la luz y la discusión. La clase burguesa, con su habitual silencio, esperaba los acontecimientos futuros. Sólo hubo una clase de ciudadanos capaz de emprender una obra de ese género y de fundar un centro de unión para la realización de sus aspiraciones. Y cosa bien característica para la situación de Alemania por esta época, esta clase era la de los sabios, y ese centro Jena.»

Era el ducado de Weimar, gracias al carácter personal del gran duque Carlos Augusto, en donde la vida literaria había llegado á su mayor grado de desenvolvimiento, y en donde, por consiguiente, había un terreno más ó menos preparado para plantar la planta de la literatura política y servir de centro de la actividad política en general. Carlos Augusto se había adelantado á todos los príncipes de Alemania en dar una Constitución: Constitución,—dice Gervinius,—que estaba de acuerdo con las esperanzas de la época y del pueblo. Animado, pues, de sentimientos liberales y expansivos, Carlos Augusto procuró llevar á Jena á toda una serie de patriotas liberales, como Martín y Fries, que habían tenido poco menos que huir de Baden por sus ideas políticas, y á su lado puso luégo sabios y patriotas como Luden, Oken y Kieser, que muy pronto agruparon á su vez, á su alrededor, á toda la juventud entusiasta de Fichte, al quedar ésta sin su querido maestro. Fueron estos sabios los que dieron el primer impulso á la prensa alemana, y á su ejemplo siguieron en otras ciudades hombres no menos doctos y patriotas. La prensa de Jena llegó á contar la *Nemesis*, de Luden,—1814;—la *Minerva*, los *Archivos de la Constitución política* y la *Isis*, de Oken,—1817;—el *Diario de la oposición*, el *Nuevo Mercurio del Rhin*, de Martín, que aparecían por el mismo tiempo, y un año más tarde Wieland, que se estableció en la misma

ciudad, publicó el *Amigo del pueblo*, al que fué á hacer compañía *La semana literaria*, de Kotzebue.» Al lado de esta actividad en la prensa, se vió desenvolver las mismas tendencias en la palabra viva de los Luden, de los Fries y otros que propagaban sus doctrinas desde lo alto de su cátedra universitaria. Fries, sobre todo, en sus lecciones públicas sobre la ética y sobre la política, encontró el tono que gustaba á la juventud. Acomodó la filosofía de Kant á las ideas del día y entusiasmó á los hombres más nobles que le escuchaban; su *Fulio y Evangelas*, estaba entre las manos de todos.»

Apoyaba este movimiento el más famoso de los diarios de la época, *El Mercurio del Rhin*, de Goerres, que trataba sin piedad á los escritores que se ocupaban de los asuntos políticos en sus folletos, pero en sus críticas Goerres iba más allá de lo justo, pues censuraba á los que se dirigían al público sin una idea clara y precisa de lo que querían y del modo de realizar lo que querían, cuando el mismo *Mercurio* nunca había planteado cuestión alguna con la limpieza y claridad con que quería que los otros la fijaran.

No vaya ahora á imaginarse que estos diarios pretendieran apoderarse de la opinión por la vehemencia de su lenguaje, por sus salidas ingeniosas, por lo ardiente de su polémica ó crítica ó por sus ideas liberales adelantadas; nada de esto, eran diarios moderados y muy moderados y tal vez por razón del título solo, el *Diario de la oposición*, de Martín, tenía un tono más vivo y sostenido. Los demás se caían como suele decirse de la mano. Para demostrar la ninguna saña de la prensa de esta época, bastará decir que no existía la prensa satírica, y que solos dos sátiras políticas salían á la luz, siendo la obra de Yassoy, calificada de muy peligrosa hasta por Weitzel, que estaba reputado por ser uno de los escritores más terribles, cuando por mordaces que fueran sus aforismos de *El mundo y el espíritu* no estaban destinados á levantar ampolla en la pacífica y linfática burguesía alemana.

Aún cuando de este tono moderado y serio no se separó jamás la prensa de Jena, desde los primeros días de su aparición fué atacada y perseguida por los mismos que hubieran debido apoyarla con mayor energía. Stein se desencadenó contra ella «á causa de sus principios franceses de reforma,» la acusó de destructora del trono y del altar, y ya que no pudiera Stein ahogar esta prensa que contaba con la protección del ilustrado y liberal gran duque de Weimar, se cebó en los que estaban bajo su mano ó autoridad y habían aparecido á imitación de

lo hecho en Jena, á lo que le instaron Rusia y Austria, cuando los artículos incriminados,—dice Gervinius,—pecaban más de inocentes que de inofensivos.

Stein con el diario de Goerres procedió de otra manera. No se atrevió á atacarle ni á desacreditarle llamándole afrancesado, porque Goerres era un galófono probado y públicamente reconocido por tal, aun cuando Goerres no se hacía escúpulo alguno en confesar «que él estuvo por la libertad, por la cual luchaba la Francia revolucionaria, mientras ésta fué la libertad universal, y que el Dios de su pueblo era el Dios de todos los pueblos.» Esa franqueza, y el ser católico, fué lo que decidió el oponerle á Arndt prusiano y protestante y su diario *El Vigilante* destinado á hacer la competencia á Goerres y á corregir sus entusiasmos liberales y reformistas.

Arndt se presentó en las orillas del Rhin como un patriota intransigente. Aquellos países, cedidos recientemente á Prusia, habían estado sobrado tiempo sometidos á la influencia directa de los franceses para no temer que sus simpatías por la patria alemana no se hubieran debilitado. Así Arndt maldice elocuentemente la profanación de la patria por los franceses y llama un sentimiento judío todo cosmopolitismo, demostrando que la vida del ciudadano ha de cumplirse primeramente en su patria. Arndt tuvo, desde luego, que combatir las infiltraciones de la lengua francesa exaltando la lengua y literatura alemana, y no fué en esto en donde demostró menos aquella viveza de expresión y energía que tanto había exaltado el pueblo alemán durante la lucha, con sus alocuciones y proclamas.

Era ya de preveer que Arndt no podría contenerse dentro de los límites de su misión y que exageraría su papel dando con ello mayor ocasión al disgusto que á la corrección, por ejemplo, cuando prescribía el traje que debían llevar los alemanes del Rhin para diferenciarse de los franceses, y como Arndt en donde tenía todos los partidarios era en el campo clerical, esa compañía no le hizo tan simpático como lo era Goerres, siendo de advertir que á éste tampoco le ganaba nadie en sentimientos cristianos y católicos, pero al fin Goerres había sido un revolucionario y Arndt había siempre considerado la Revolución como una rebelión de la soberbia humana contra Dios, el mundo y la historia. Bien es verdad que una vez confesó «que la Revolución había metido en las cabezas y en los corazones las ideas más necesarias para fundar el porvenir,» pero si esto se escapó á su buen sentido natural y á su

talento, su patriotismo y su exaltación exagerados no menos naturales, en virtud de su temperamento le hacían ser injusto á pesar suyo con la Revolución.

Goerres y Arndt no coincidían, pues, en absoluto más que en sus sentimientos piadosos, y en efecto más tarde cuando vieron que la filosofía podía más que la religión, ambos á dos se dieron la mano y lloraron la muerte de la religión y de la fe, maldiciendo entrambos esa libre razón que aparta de la Iglesia que ellos confundían con Dios, cuando son términos radicalmente diferentes. Fuera de esto si coincidían en la idea de la creación del imperio alemán, Goerres pedía la corona para Austria, Arndt para Prusia. En lo que estaban también conformes era en que la Constitución del imperio no había de ser como las constituciones francesas obra de la razón pura sino de la historia, querían como Fichte «una Constitución revestida de formas federativas ó republicanas, en uno y otro caso democráticas, por cuanto el gobierno había de ser ejercido por el pueblo y para el pueblo» pero ya hemos visto que se entiende por democracia cesarista con Napoleón I, y un nuevo ensayo de esa democracia nos reservó el tiempo de Napoleón III.

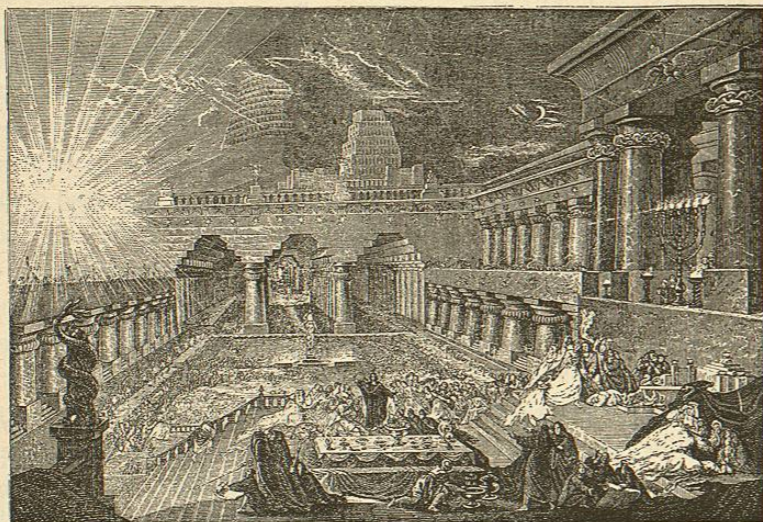
Arndt fué el primero en comprender que su propaganda democrática cesarista era acogida por la juventud alemana con verdadero entusiasmo, pero que esta juventud dejaba á un lado el emperador para atenerse á la democracia, lo que le llevó desde luego á combatir esas tendencias democráticas y esa efervescencia que nadie más que él había creado con la vehemencia de su carácter, mientras por su lado Goerres, que había notado el fuego, quería apagarlo echándole ceniza.

Tenían Arndt y Goerres en Iahn un auxiliar poderoso, en Berlín, que estaba verdaderamente poseído de la manía antifrancesa. En Iahn, dice Gervinius, «vemos desfigurado hasta la caricatura todo lo que los Fichte y los Arndt habían hecho y aconsejado que se hiciera para favorecer el desenvolvimiento del carácter y de la libertad de los alemanes.» Iahn hizo su popularidad durante los años de opresión y de guerra de la Independencia, su arrebatado é intemperante carácter servían admirablemente su elocuencia semi-salvaje; «profunda y sonora» la llamó la universidad de Jena al darle el diploma de honor. Soldado en el cuerpo franco de Lützow, su ejemplo y su palabra llegaron á fascinar á la juventud alemana que hizo de él su ídolo. «Hecha la paz, reunió á su alrededor un gran número de discípulos que aceptaron como un oráculo la más leve indicación «del viejo de la barba larga» á quien adoraban

como el ideal encarnado en carne y hueso. A seguida la juventud liberal, que quería el progreso, le puso, como su jefe principal, en el sitio de Fichte que había ya fallecido dejando á su lado á Goerres atormentado por la indecisión y á Arndt que quería moderar su ardor: entonces se vió á Iahn como dice la canción, marchar adelante «por los derechos sagrados y antiguos del pueblo en la carrera de la libertad.» Sin embargo, jamás tuvo Iahn una idea política bien definida. Gloriábase, es verdad, de lo que se le acusó más tarde, de haber predicado la doctrina «peligrosa hasta el más alto punto,» de la

unidad alemana, y efectivamente, en sus *Runenblätter* de 1814, se encuentra el pensamiento que los estudiantes patriotas desarrollan más tarde, bajo un plan modificado, de modo que se hizo de él el proyecto de una Constitución alemana. Pero Iahn mismo confesó que no se había jamás devanado los sesos para saber cómo realizaría esa unidad. Esto es lo que hacía que fuera tanto más fuerte en sus negaciones políticas....

«Esos ataques hostiles dirigidos por Iahn contra todo el mundo, en sus lecciones sobre la nacionalidad alemana, dadas en la Universidad de Berlín,



El festín de Baltasar, por Martín

en 1817, se reprodujeron desde entonces, en sus lecciones públicas. La acción demagógica ejercida por Iahn encontró un centro fijo en el establecimiento de gimnasia fundado por él en 1811 y de cuya dirección volvió á encargarse en 1817, de la misma manera que en el temible medio de propaganda de las excursiones de sus discípulos y en una alianza abierta, franca y fraternal de todos los gimnasios alemanes. Por medio de esa alianza, los gimnasios debían suministrar el medio de regenerar la vida política en Alemania, y se contaba poder servirse del árbol de la gimnasia para hacer de su madera la cuna de la libertad y la caja de la tiranía. Entonces la nobleza, la corte y el gobierno de Berlín se mostraron inquietos, sin osar, sin embargo, intervenir al principiar esta agitación. Temíase y se toleraba á este hombre, á quien muchas personas, y aún las más sensatas, aprobaban y admiraban, y quien estaba de tal modo sostenido por la opinión pública que los adversarios de su país por la gimnasia, tales como Waldek y Steffens, fueron puestos á la picota

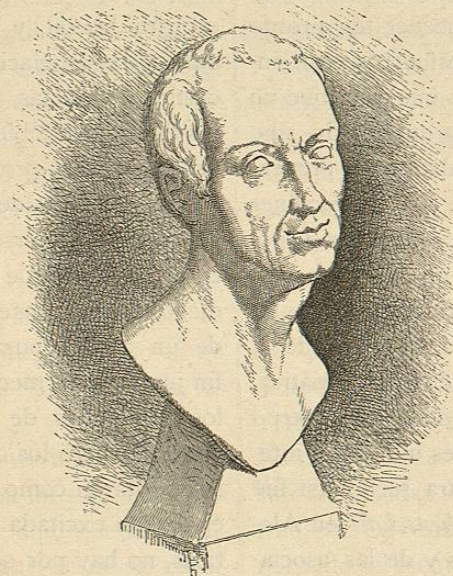
como traidores y como escritores infames, agrupándose tan fuerte y resultante la juventud al rededor de Iahn, que parecía dispuesta á repeler por la fuerza viva todo ataque contra la persona de su maestro...

... «Esta grande importancia dada por Iahn á la gimnasia alemana, cuyo fin era, según él, «juntar la verdadera personalidad física al espiritualismo exclusivo,» esta importancia, decimos nosotros, resulta de tal modo de las necesidades de una nación sobrado dada al espiritualismo, que ese hecho no solo nos explica la exaltación con que la juventud se unía á la obra de Iahn, sino también al entusiasmo de los profesores universitarios, conocedores de la antigüedad, y quienes por una atrevida evolución de su pensamiento, remontaban de Iahn, y de sus ejercicios gimnásticos á Pindaro y á los juegos olímpicos. Otros, por lo contrario, haciendo la oposición más categórica con esos entusiastas, hablaban con desdén de ese mismo hombre á quien Steffens llamaba «un fanfarrón moral» y en quien Stein veía «un loco

grotesco y presuntuoso» á quien jamás quiso recibir.

«Hé aquí como en cada período de la historia ó de la vida de un pueblo, al rejuvenecerse, toma nuevas direcciones, y tiene siempre precursores que han indicado esas vías que hay que seguir, desprendiéndose de una manera marcada de sus contemporáneos, siendo considerados en los tiempos sencillos de la Edad media y de la antigüedad, á causa del carácter igualmente sorprendente y beneficioso de sus innovaciones, como semi-sabios y como semi-locos. Al obrar de esta suerte, en Alemania, para la

causa de la nacionalidad alemana, Iahn ocupaba de todo punto esa posición de patriota y de loco popular, y precisamente por la manera ruda como desempeñaba su papel, parecía indicar bastante bien que pertenecía por entero á ese pueblo alemán, cuya naturaleza no estaba aún corrompida. Si los jueces que le encausaron le comparaban á Abraham á *Sancta-Clara*; si él mismo se llamaba un santo original, y si Arndt decía que Iahn era un *Eulenspiegel* purificado, todo esto al fin y á la postre no era más que definir un mismo carácter. Lo que había de cómico y de aventurero en su carácter, las formas gro-



B. DENNER, pintor alemán

seras y hasta cónicas que oponía á todas las formalidades de la corte, de la escuela y de las funciones públicas, su manía de retrogradar por su traje, por su lenguaje y por sus costumbres hacia los tiempos más primitivos, su satisfecha vanidad y su contentamiento de sí mismo, su falta de atenciones que le hacía incómodo y que rayaban en la grosería, su manera sentenciosa de expresarse, y, sobre todo, el elemento místico que principiaba á rodear la persona del thaumaturgo alemán; todo eso dibuja de la manera más marcada, en Iahn, ese carácter y ese papel de que acabamos de hablar.»

Compuso esta tropa escogida de Iahn en un principio, la juventud universitaria y burguesa que regresaba de los campos de batalla á sus bancos universitarios y á sus mostradores. Si en el ejército no demostraron sus simpatías é inclinaciones políticas, esto indudablemente se debió á la rápida y pronta terminación de la guerra, de otra suerte difícilmente se hubiese librado el ejército libertador del fermento

revolucionario que había tenido en sus filas. Ahora este enérgico fermento iba á caer sobre las asociaciones de estudiantes fundadas desde los primeros tiempos de la revolución por Fichte, convirtiéndose en un volcán la asociación patriótica y política de ellos conocida vulgarmente por la *Burschenschaft*, sobre cuyo reglamento se formó en 1816, la *Burschenschaft* de Jena, acabando por no haber Universidad alemana que no tuviera tal asociación.

Durante toda esa época primitiva ó heroica de la *Burschenschaft*, los afiliados se mostraron tan buenos estudiantes como excelentes patriotas y honrados ciudadanos, virtudes que se desarrollaron entre ellos al compás de las ideas de regeneración y patria alemana que iban difundiendo sus profesores, siendo de advertir que siguiendo el impulso dado por Fichte, y continuado por Arndt y Herder, este favorito de la juventud, los estudiantes alemanes de esta época procuraron casi unánimes unir sus sentimientos religiosos á los científicos y patrióticos, de modo que